



EL ORGULLO





## EL ORGULLO



AY un terrible enemigo en todas estas pobres amistades que es el orgullo.

Probemos á tenerle echado bajo el escalpelo anatómico, y á diseccionar con paciencia este monstruo de mil formas y colores, que está enroscado al alma en infinitas y confusas vueltas, que nos sofoca, ahoga y atormenta desde la infancia hasta la muerte.

¡Cuán ilógicos é hipócritas nos hace!

Por la diferencia que existe entre nuestro modo de juzgar y tratar á los amigos, comprendemos perfectamente que también ellos nos estiman un grado ménos de lo que demuestran; y sin embargo, si por azar nos dejan entrever alguna vez su verdadero sentimiento nos resentimos de ello como de una injuria.



Nos refieren un juicio formado entre nosotros; juicio que nosotros mismos habíamos hecho mil veces en el fondo de nuestro corazón; y nos sentimos ofendidos como por una intolerable injusticia; y en el acto mismo en que por ofendidos nos tenemos, nos decimos:

—Eres injusto, y mientras nos lo decimos odiamos al amigo al cual le damos la razón.

Si se nos hace una observación que nos hiera en el orgullo, pero que tenemos por justa, el rostro da á entender que nuestra conciencia la aprueba, y el de aquel que nos hirió manifiesta que ha adivinado nuestro secreto asentimiento; y sin embargo, el orgullo nos hace fingir el no poder aceptar aquella observación, y persistimos en la ficción, á pesar de la sonrisa del amigo, la cual dice claramente:—Tú finjes—y nos produce así una humillación peor que la primera.

Hemos dicho á un amigo una palabra grosera é injusta; nos arrepentimos al instante de haberla pronunciado, opinaríamos retirarla inmediatamente, vemos que él adivina nuestro arrepentimiento y nuestro deseo, que lee en nuestra cara la vergüenza que sentimos por no tener valor para ser francos, que bastaría una palabra para librarnos de aquella tortura, y la palabra nos retrasa en los labios; y el

hinchado y estúpido orgullo nos impide pronunciarla.

Tratamos duramente á un amigo para vengarnos de una antigua herida, y en el momento mismo nos lo afeamos; nos llamamos soberbios y mal nacidos y experimentamos por el amigo un sentimiento de piedad y benevolencia; y en el preciso instante en que este sentimiento es más vivo nos esforzamos por sofocarlo, para no cercenar el placer de que goza nuestro orgullo con la venganza.

No hay más que recorrer quince días de nuestra vida, para recordar cien hechos pequeñísimos, palabras, gestos ó expresiones del rostro, que deben haber revelado malignidad, vanidad, pobreza de ánimo; ó haber parecido importunos, pueriles y ridículos, y si llegamos á saber que uno solo de estos actos ha sido notado y comentado nos dolemos y alborotamos como de una perfidia sin ejemplo.

La conciencia dice:—Reflexiona, razona:—el orgullo responde:—No reflexiono ni razono:—la conciencia dice:—Bestia—y el orgullo responde:—Es verdad, soy bestia:—pero continúa exaltándose y gritando: venganza!



¡Con qué variedad de refinados y terribles suplicios somos castigados continuamente por causa de esta desenfadada idolatría hacia nosotros mismos!

Mortifican nuestro orgullo ofensas pequeñísimas, que nos hacen el efecto del anuncio de una gran desventura: nos alcanzan en medio del pecho que de sus resultas quedamos como sin sangre, ó hacen correr fuego por nuestras venas de los piés á la cabeza; pesadumbres de nada que nos causan como el tétanos del alma; palabras insignificantes para quien las dijo y para los demás que las oyeron, que nos dejan como acribillados por dentro, y hacen en el alma el trabajo de la *trichina spiralis* en el cuerpo: se multiplican en una miriada de dolorosos pensamientos que nos comen vivos: monosílabos que cuanto más se mastican más amargan el alma, y cuando se cree haber apurado hasta la última gota de esta amargura, arrójanos de improviso nuevas heces que nos hacen comenzar á sufrir: ligerísimas sonrisas, que producen odios salvajes, fantasías locas de venganzas sangrientas, imprecaciones de desventura y de muerte que nos hacen prorumpir á solas en torrentes de feroces injurias.

¡Y como nos ayuda en esto la memoria!

Se olvidan desdichas, profundos dolores, gentes que nos causaron graves daños, de los cuales aun

palpamos las consecuencias, pero todas las más ligeras heridas hechas en el orgullo, los rostros, las palabras de todos aquellos que las abrieron, quedan impresos para toda la vida con maravillosa firmeza: vuelven á la mente al cabo de muchos años, de noche, confundidos entre multitud de serenos y benévolo pensamientos y todo lo turban, hierva nuestra sangre, y llegamos á concebir algunas veces el deseo, el propósito, de buscar á aquella gente y hacerla de lejos, mortificarla, hacerla sufrir de algun modo.

Al ser heridos, más que la misma herida, nos espanta y hace penar el presentimiento del larguísimo tiempo que llevaremos la cicatriz, la prevision de las infinitas veces que se abrirá espontáneamente, de los mil pesares é inútiles esfuerzos que hacemos para libertarnos de semejante idea.

Quedamos aterrados ante la vergüenza de que se llegue á saber qué parte ocupa en nuestra vida el recuerdo de una insignificante mirada á la que dió importancia una injusta pretension de nuestro orgullo; y que tal cual ofensa clara é inmerecida nos pareciese tal vez ménos dura que la involuntaria y compasiva sonrisa con que fué escuchado un chiste nuestro desgraciado.

Entre mil rostros que nos expresen estimacion ó



respeto, vemos tan sólo, aquel que por un momento exprese sentimiento diverso: aquel sobresale entre todos, se hace enorme, proyecta su sombra sobre mil placeres, y nuestro orgullo se irrita y retuerce bajo su vista como serpiente tronchada.

¿Quién podrá decir todas las tonterías y todas las niñadas que nos hace cometer el orgullo?

La mayor parte son tan extrañas y mezquinas, que no las creemos posibles hasta que nosotros mismos las hemos cometido.

Un amigo vuestro vive hace un mes encerrado en su casa; lo creeríais absorto en estudios profundos, ó sumergido por entero en un amor misterioso y olvidado del mundo. Ni por idea. Está allí, solo, como un perro, comido por el enojo, rabioso de la soledad que él mismo se impone: ha sido herido en su orgullo, en el círculo de sus amigos y quiere vengarse de ellos, privándoles de su presencia; cuenta los días que pasan é imagina con complacencia los comentarios que harán acerca de su salvajismo, que al fin será interpretado como desprecio.

Después de lo cual volverá entre sus amigos satisfecho y reconciliado.

Otro, por un poco de tiempo no abre la boca más que raramente para decir alguna palabra fría y desdeñosa, y escucha las conversaciones de los ami-

gos con continúa sonrisa sardónica que finge querer disimular.

Creeréis que esta actitud suya, sea motivada por algun gran desengaño que ha cambiado su alma, disgustándole de todo y de todos: ni por sueño. Todavía hará aquella cara por algunos días, hasta que se canse de fingir, para vengar su orgullo de la poca cuenta en que le parece que sus amigos tuvieron un juicio suyo emitido en una discusión del mes anterior.

Otro, de poco tiempo á esta parte, se ha hecho descortés, irascible, maldiciente, imposible de reconocerle dada su conducta anterior. ¿Qué le ha pasado? Nada. Ha entrado en la edad crítica del orgullo, en ese período intermedio entre la juventud y la edad madura, largo ó breve según los temperamentos y caracteres, en el cual, el hombre, sintiendo que le falta alrededor la benevolencia indulgente que el mundo concede á los jóvenes y viendo alejarse la meta de su ambición, despechado, levanta las propias pretensiones para sostener su orgullo.

Nuestra mente no puede concebir la inmensa variedad de las venganzas públicas ó secretas en que se apasiona el orgullo.

Por una pequeña lesión en él que se recibe en el círculo de los amigos, algunos emprenden largos via-



jes, de los que vuelven afectando desprecio ó indiferencia profunda por la propia ciudad ó por su misma patria.

Muchos se enfadan también con quien no les ofende; se separan bruscamente, con doloroso sacrificio, de una sociedad que aman, para hacer caer sobre los ofensores el resentimiento de los demás.

Hombres laboriosos y útiles, permanecen por mucho tiempo voluntariamente, mano sobre mano, con grave perjuicio propio fingiendo un abatimiento que no sienten para hacer avergonzar á quien le eche en cara el ocio á que ellos mismos se condenan.

Otros llevan á término obras fatigosas y gloriosas, movidos, sostenidos solo por el propósito de humillar con su triunfo á determinada persona; algunas veces á un amigo, que ha herido un día su orgullo con una palabra desconsiderada, y al que en tanto se muestra la más cordial amistad.

Mil sacrificios nobles, mil actos generosos se acometen continuamente, que todos admiramos y en que nadie sospecha un segundo fin; y se acometen para vengar el propio orgullo, herido por una sonrisa, por una broma, por una ilusión, por una bagatela, de que la ofensa misma no se atrevería á mostrarse ofendida abiertamente.

\*  
\* \*

Una vasta guerra astuta é intrincadísima se traba por el orgullo, continúa encarnizada, sin rumor y sin escándalo, con sátiras embozadas, con veladas impertinencias, con saludos amanerados y fríos, con expresiones mudas de desprecio y de burla; una guerra sin tregua y sin piedad, que permanece oculta bajo la necesaria cortesía exterior del comercio social.

Cada noche, en la ciudad en que vivimos, millares y millares de personas entran en casa heridos en el orgullo por la punta finísima de una palabra ó de una mirada que ellos sólo han comprendido.

Millares de cabezas inquietas se revuelven sobre la almohada, meditando una revancha para el día siguiente; combinando palabras, preparando actitudes del rostro, buscando pacientemente el lado más sensible del orgullo de los que le han ofendido, para vibrar sobre ellos el golpe vengador.

Hombres fuertes y valientes, tocados en aquel lado



se quejan como niños; mujeres tímidas y flacas, tiemblan de ira viril; viejos ya cansados de la vida, descienden todavía á venganzas de niños; gente de naturaleza voluble y ligera, encuentran en el orgullo herido la fuerza de perseverar en crédula frialdad ó en largos silencios soberbios de los cuales no serían capaces cuando tuvieran que vengarse de un delito.

Ligeros resentimientos, se convierten poco á poco en odios profundos que estallan despues en actos violentos y terribles; fórmanse vastas conjuraciones tácitas de pequeños orgullos contra un orgullo grande, que caerá acribillado por cien mil alfilerazos; hombres de ingenio torturados tambien delicadamente por la gente oscura que les circunda, se envilecen y pierden; caractéres buenos y generosos, se desnaturalizan lentamente; gente que podría ser feliz, se tortura el cerebro y se daña el alma en contiúuas peripecias de ofensas y defensas, de pequeñas victorias y pequeñas desconfianzas, en las cuales acaba siémpre por llevar la peor parte.

La batalla se dá en todas partes y en todas las formas; en los ángulos de la calle, en las pocas palabras que se dicen dos amigos al detenerse; en los saludos que se dirigen los vecinos de casa por la escalera; entre frase y frase de graves discursos en la Academia; bajo el velo de los cumplidos, en los saludos;

de palco á palco en el teatro; entre amigos íntimos, entre próximos parientes, entre personajes altísimos y gente humildísima, entre personas que no se conocen, que se encuentran juntas por casualidad en un sitio público, que saben que no han de volver á verse quizás nunca, despues de aquel pequeño y rapidísimo duelo á ojos, trabado entre los dos orgullos, al encontrarse por un momento frente á frente.

Cada cual lleva su orgullo como una armadura de sutilísimo cristal, y está contiúuamente atento á evitar los golpes y á pasar la mano por su aparato; y contiúuamente las armaduras chocan, suenan, se despedazan, dejando en la carne infinidad de pedacitos clavados, que hacen sangrar hácia dentro, obligándonos á cuidados incesantes, á una fatiga afanosa é ingrata, de la cual se acorta la vida mucho más que de los grandes dolores.





Cada cual tiene una manera propia de defender su orgullo y de proporcionarle el alimento que necesita de continuo. La variedad de los orgullosos es infinita.

Los hay austeros é inflexibles que no se paran ante ningún sacrificio, aun los más duros: que no piden ni conceden nada y no están satisfechos más que de sí mismos.

Los hay que lo conceden todo á todos, para gozar la libertad de alabarse á sí mismos, que para ellos es una necesidad imperiosa como necesidad física; y son como dos personas en una sola, de las cuales la una obra y habla, la otra aprueba, encomia, aplaude y admira, sin reticencias y sin reservas.

Hay orgullosos modestos que convierten la modestia en una armadura que hace invulnerable su orgullo, y pueden tratarse años y años antes de descubrirse un resquicio por donde aparezca su verdadera naturaleza.

Otros hacen como aquellos insectos que se esconden en el polvo para no ser devorados; afectan una cierta grosería de índole ó una especie de indiferencia que parece desprecio hácia sí mismos, para preservar su orgullo de las provocaciones y golpes de los orgullosos de otros.

Hay también orgullosos ciegos, tan llenos de sí, tan persuadidos de ser superiores á los demás, tan seguros de ser admirados y tan satisfechos de los actos propios, que no sienten ninguna de las mil pequeñas ofensas del mundo, porque no creen posible que nadie se atreva á ofenderlos. Y á menudo respetan el orgullo de los demás, no por prudencia, sino por mera gratitud.

Hay orgullosos brutales y petulantes á un tiempo, que no sienten ninguna humillacion; que, derrotados mil veces, se levantan más imprudentes que antes, y destrozados y cubiertos de salivazos, continúan siendo soberbios con aquellos mismos de que han recibido la afrenta y llevan toda su vida la máscara del orgullo manchada con la huella de mil manos.

Los hay espasmódicos, los cuales sufren tales tormentos al menor choque, que pierden la cabeza y no están en situacion de reflexionar, dejando aparecer tan claramente su sufrimiento, que mueven á compasion y hacen caer las armas de la mano de los ofen-



sores, de manera que es el exceso mismo de su orgullo lo que en muchos casos le preserva de toda humillacion.

Hay orgullosos astutos que jamás ponen en peligro su propio orgullo; que cuando se presenta un peligro se retiran diestramente evitando prudentemente los choques.

Hay orgullosos rastreros que se humillan para recoger la limosna de una caricia que compran, una satisfaccion con cien vergüenzas, no cuidándose siquiera de ocultar su manejo, contentándose con recibir en cambio de su adulacion, una apariencia siquiera de obsequio, tras la cual se adivina el desprecio.

Y con cada manera diferente de orgullo tenemos un modo particular de conducirnos para dejar á salvo los intereses del nuestro. Hay orgullosos ridículos á que no se toca y á los cuales concedemos todo cuanto quieren, porque dan un espectáculo de sí mismos; orgullosos quiméricos que atacamos de vez en cuando, regularmente y de propósito para hacerlos entrar de nuevo en los confines de lo tolerable en los cuales permanezcan tranquilos por un poco de tiempo cada vez que se creen satisfechos; orgullosos que pretenden mucho, á los cuales acordamos alguna cosa de buen grado, porque sus pretensiones se detienen delante de nuestros derechos y estamos seguros de que todo lo que concedemos nos será restituido.

\*  
\* \*

Tambien las amistades más íntimas tienen en cuenta un pacto tácito que el orgullo de uno ha hecho con el orgullo de otro. Ya se sobreentiende que cada uno de los dos debe sacrificar al orgullo del amigo una parte de su sinceridad, de su libertad de juicio y de su amor propio, y que los sacrificios deben ser paralelos. La atencion de ambos está continuamente fija en tener en el fiel la balanza.

Es un trabajo que se hace en todas las conversaciones entre dos amigos y que se revela en brevísimas frases, durante las cuales hace cada uno rápidamente la cuenta si está en débito ó en crédito, en furtivas miradas con que procura leer en el rostro del otro si está satisfecho de la compensacion que ha recibido ó si pretende todavía alguna cosa por medio de cambios repentinos de entonacion con los cuales se dá á entender que se espera un resarcimiento.

Es un sucederse no interrumpido de ligerísimas ofensas involuntarias de reparaciones prontas, de agi-



lísimas paradas, de resentimientos y reconciliaciones instantáneas, un juego de esgrima del orgullo, tan rápido y hecho con armas tan sutiles y golpes tan ligeros, que se escapa la mayoría de las veces á la penetración de un tercero, por más agudo observador que sea.

El amigo que un día está por encima, se baja un poco al día siguiente, espontáneamente, para ajustar la partida; aquel que alcanza una pequeñísima ventaja la demuestra casi siempre con anticipación, con un refinamiento de cortesía. Es un arte delicado y difícil que se aprende lentamente.

Aquel período de incertidumbre que precede á la amistad íntima entre dos personas, no es más que una serie de pruebas y experimentos con los cuales uno procura averiguar con qué condiciones podrá obtener del orgullo del otro, aquello que el orgullo propio reclama.

Se hacen contratos singularísimos. Existen amistades fundadas sobre un convenio, según el cual, uno de los dos, que es hombre preclaro debe fingir una indiferencia absoluta por su fama y no decir jamás una palabra del arte, de la ciencia ó de los hechos á los cuales la debe, y no colocar jamás la conversación sobre un camino en que pueda valerse de la superioridad de su estado ó de su ingenio; amistades en las

cuales se ha establecido que cada cual muestre reconocer y admirar en el otro un precio particular de que los dos se burlan secretamente, sabiendo que los dos se burlan; amistades entre personas orgullosísimas que se mantienen sobre el pacto de que sea rechazada toda discusión sobre un objeto dado, ó interrumpida desde el principio; habiendo sido reconocido por los dos que su orgullo no lo puede resistir, ni siquiera con la cautela de la más fina cortesía.

Sin embargo, también entre amigos experimentados, chocamos de continuo; ciertos artículos del tratado se olvidan ó se interpretan mal, ó se quieren falsear con subterfugios; por esto vigilamos siempre; y del trabajo fatigoso de la imaginación y del ánimo que nos cuesta esa vigilancia nos resentimos especialmente cuando cesa; y cuando nos ocurre entretenernos con una persona extraña á los intereses y á la vanidad del mundo en que vivimos, entonces nos sentimos más libres con ella que con el más íntimo de nuestros amigos, porque podemos deponer por un momento la máscara y las armas del orgullo y hablar sin combatir.



\*  
\* \* \*

Todas las demás pasiones nos dan alguna tréguar: esta es la única que no nos abandona jamás. Si en algun momento nos parece estar libres, porque confesamos espontáneamente defectos y errores que pueden enajenarnos la amistad de los demás, nos engañamos; los confesamos para presentarlos bajo un aspecto favorable ó porque el placer que damos á nuestro orgullo hablando de nosotros mismos, es más vivo que el temor de bajar un poco en la estimacion de quien nos oye.

Si alguna vez creemos estar libres del orgullo, porque perdonamos fácilmente ciertas ofensas, nos engañamos tambien, porque nos las hace perdonar el orgullo mismo, que encuentra en esa apariencia de grandeza de ánimo una satisfaccion más fuerte y ménos peligrosa que la de la venganza.

Si en ciertos períodos de tiempo creemos no ser más orgullosos porque vivimos retenidos y no buscamos satisfacciones del orgullo, y las desprecia-

mos realmente, buscamos deslumbrar tambien en esto: nuestro orgullo es más vivo que nunca, pero ha echado sus cuentas, ha reconocido que la satisfaccion que buscaba y obtenía, no bastaba á compensarle de las amarguras inevitables, y ha renunciado á la una para librarse de la otra.

Algunas veces creemos muerto el orgullo en un amigo nuestro que de duro y soberbio se ha vuelto afable y sonríc á los alfilerazos que ántes le llegaban al alma; es otro enteramente; tiene por lo visto alguna gran satisfaccion secreta, en la cual su orgullo encuentra todo el pasto que se necesita y en él se encierra y se sácia, sin necesidad de otra cosa: lo volvemos á encontrar duro y soberbio cuando se le acaban las provisiones.

Creemos privados de orgullo por cierto tiempo á algunos amigos sencillos y flexibles que gozan en todo y que nadie ha logrado irritar jamás; y un día, una broma repetida por milésima vez, es como una chispa que hace estallar en ellos un orgullo enorme y salvaje que se había acumulado en silencio, lentamente, y que reivindica en un momento sólo, gritando, todos sus derechos desconocidos.

En otros, que siempre habíamos encontrado humildes y descuidados de sí mismos, descúbrense,



después de mil años, una especie de orgullo parcial en que se refugia toda su soberbia, que no se revela como no se la hiera en aquel punto.

Amigos que son los últimos en nuestro círculo, privados de todas dotes, oscuros entre los oscuros, olvidados de todos, tímidos y prontos á bajarse delante de todos, descubrimos después de largo tiempo que ocupan un lugar en el mundo, un pequeño grupo de personas más oscuras que ellos; en medio de las cuales tienen pequeñas orgías secretas de orgullo, derrochando virtudes y mostrando pretensiones que ignorábamos, con una petulancia de que nadie se rebela.

---

Llegados á cierta edad creemos que se ha consumido nuestro orgullo; pero nos engañan las apariencias. El orgullo nos hace sufrir ménos porque la experiencia nos ha enseñado á defenderlo mejor, á contenerlo prudentemente; con hipocresía, con mil artes prodigiosamente ingeniosas, las cuales se nos hacen tan habituales, que acabamos por usarlas inconscientemente.

Poco á poco reducimos el círculo de nuestros amigos á aquellos pocos de los cuales no tenemos nada que temer. Con maravillosa finura de olfato evitamos todos aquellos encuentros en los cuales nuestro orgullo se puede despuntar los cuernos.

Nuestra parte de satisfacción no la publicamos á voces, como hacíamos en nuestra juventud: la arrancamos buenamente á la gente, sin darnos aires de desearla.

Cuando se experimenta alguna gran satisfacción de amor propio, no lo hacemos con propósito de ir á buscar alabanzas entre la gente; permanecemos ocultos esperando que el tiempo mitigue el resentimiento del orgullo de los amigos y los vuelva á hacer benévolos.

Al recibir ciertos alfilerazos no nos dejamos llevar del resentimiento; sabemos disimular perfectamente. Sabemos en ocasiones arrojar como pasto á los amigos la parte ménos vital de nuestro orgullo y ayudarnos á triturarla para salvar la parte más delicada.

Logramos prevenir las ofensas más graves, mostrando particular indiferencia para todas aquellas cosas en que á todos parece natural que debíamos ser más sensibles.



Así es el orgullo. Todos tenemos un rincón profundo en la conciencia, en el cual no reconocemos absolutamente la superioridad de otro; en el cual nos afanamos para amontonar argumentos para persuadirnos de que en ciertas ocasiones, dadas tales circunstancias favorables, seremos capaces de hacer las mayores y más admirables cosas, y que ayudados de un modo ú otro por la fortuna ó por los hombres, llegaremos á donde queramos: un rincón en el cual nos ingeniamos continuamente para roer y deformar de cualquier modo, no solo los amigos que nos son superiores por cualquier dote del alma ó del ingenio, sino también los colosos famosos de la virtud y del pensamiento que admira el mundo; un rincón en que, faltando toda otra cosa, alimentamos nuestro orgullo con la presunción fantástica de los tesoros que deben existir en nosotros, desconocidos de nosotros mismos, y que sin duda un día saldrán á la luz; un rincón en que bullen y espuman mil soberbias locas, desprecios temerarios y villanos rencores del orgullo, que presentarían al juicio de un extraño, el aspecto que ofrecen al microscopio, los infusorios de una gota de agua: un vertiginoso torbellino de mónstruos pequeñísimos de formas extrañas, ridículas, horribles, inexplicables, que se destruyen, se reproducen, se enroscan, cambian, mo-

viendo furiosamente sus pequeños miembros en un diminuto mundo ignorado.

Este sentimiento del orgullo penetra y corrompe todos nuestros afectos y todos nuestros pensamientos. En el trabajo intelectual á cada nueva idea nos detenemos para juzgar la ventaja que nuestro orgullo podrá obtener; despues de toda expresion noble de afecto, hacemos una reflexion como para dar lugar á que se satisfaga el orgullo; antes de experimentar un sentimiento vivo de admiracion, antes de dar una alabanza que el corazon nos dicta, preguntamos al orgullo si tiene algo que oponer.

Encontramos á cada momento en nosotros, sentimientos de los cuales pudiéramos estar altaneros como de señales de grandeza de ánimo, y subiendo con el pensamiento á sus orígenes descubrimos que no son más que la trama de vasta tela urdida secretamente por nuestro orgullo.

No tenemos fuerza para meternos en ninguna empresa, si el orgullo no ha de ganar alguna cosa; á cien satisfacciones de la conciencia, antepone una de los placeres agudos y pasajeros que vienen del orgullo; preferimos despreciarnos, sirviéndonle, que estimarnos rebelándonos á su señoría.



Llegan días en que aparece más claramente que de ordinario la vanidad ridícula de esta lucha universal, en la que somos semejantes á las personas de una muchedumbre, que se levantan todas sobre la punta de los piés, sin pensar que no ven así más que si permanecieran todas con los talones en tierra; días en que estamos imprevistamente disgustados del orgullo que nos hace esclavos de todos, condenándonos á mentir, á fingir, á adular sin tregua ni descanso; y entonces tomamos la resolución de curarnos de nuestra enfermedad con hierro y fuego y empezamos á combatir nuestro orgullo con todo el ardor con que antes le servíamos, le infligimos voluntariamente humillaciones, nos esforzamos en alabar á gente que denigrábamos, reconocemos los méritos de todos, nos despreciamos abiertamente á nosotros mismos, nos tenemos por lo que somos y experimentamos un placer desconocido, un sentimiento de tranquila independencia, que nos hace gozar una nueva vida.

Pero ¡ay de mí! mientras creemos triunfar en la lucha, secretamente, un nuevo orgullo que no reconocemos al primer aspecto, nace del antiguo orgullo destrozado.

Quisiéramos que la victoria que alcanzamos cada día sobre nosotros mismos fuera conocida y honrada;

y viendo á lo mejor que nadie la comprende y que todos se afanan por colocar su orgullo sobre nuestro cuello, desanimados renunciamos á la prueba.

En verdad, no procuramos otra cosa que conducir el orgullo á su fin, con nueva astucia: obligándole á hacer el muerto.

Comprendemos cuál sería el medio único y seguro de librarnos: lo que pedimos al orgullo, buscarlo en la conciencia; elevarnos dentro de nosotros mismos, en vez de levantarnos sobre la cabeza de los demás, abrir en lo profundo del alma una fuente de placeres y consuelos que derive de nosotros y baste á nuestra vida.

Pero la magnitud de la empresa nos espanta, y acabamos siempre por recaer en el orgullo, al cual nos condena nuestra debilidad y nuestra villanía.

